

C A R A Y C R U Z

Por IGNACIO AGUSTI

accidentes multitudinarios

HA ocurrido un curioso accidente en una de las carreteras que afluyen a Nueva York: doscientos automóviles han entrado en colisión. La cosa es nueva en los anales del tráfico internacional. Hasta el presente, los accidentes no eran cosa de multitudes; se producían de manera individual. El suceso nos hace pensar, una vez más, en la transformación vertiginosa del mundo que vivimos. Para que se produzca un accidente de tráfico hasta tal punto multitudinario, han tenido que ocurrir muchas cosas en el mundo y, en primer término, ha tenido que producirse la socialización. Doscientos automóviles que coinciden en el desastre, son la suma y compendio de otros tantos posibles accidentes individuales de hace veinte años; lo cual quiere decir que existe hoy, ya, la solidaridad incluso en las circunstancias menos pertinentes. Hace veinte años nos permitíamos, todavía, el lujo de chocar por nuestra cuenta y riesgo; ahora son ya los demás los que nos meten en el choque.

Ello nos lleva a considerar la curiosa monotonía de la vida llamada moderna, incluso en sus vertientes de imprevisto y de misterio. Cada vez que nos disponemos a aprovechar el fin de semana para nuestro solaz, nos arriesgamos a quedar hundidos en la multitud. Hasta ahora creíamos que un vehículo automóvil era el máximo ascendente de nuestro escalafón individual o familiar. A los efectos de la carretera, sin embargo, ocurre que es como si fuéramos todos en un inmenso e implacable autocar, cuando salimos a pasar apaciblemente nuestro fin de semana.

La interminable fila de coches que transitan por la carretera en busca de la playa o del lugar de montaña, los sábados por la tarde, resulta ser como una infinita oruga anillada, de la que cada uno de nosotros no es más que un eslabón; lógico es que a la hora del accidente, la oruga entera reciba todos los golpes. Otra de las consideraciones y, sin duda, no de las menos importantes, que nos brinda el suceso ocurrido en Nueva York, es la cuestión de la responsabilidad que cabe a cada uno de los eslabones de esa enorme oruga en el accidente ocurrido. No hay crimen posible con doscientos culpables y, por tanto, el accidente de carretera de que hablamos ha sido, en lo profundo de la discriminación moral, un crimen sin criminal alguno.

¿Cuánto ha cambiado, en pocos años, no ya el concepto de la circulación, sino el concepto de conductor de automóviles! La mayoría de los viejos conductores de los «Lancias» de otra época provenían de los estamentos conductores de la tracción animal, y eran, propiamente, aurigas uniformados que se habían resignado a enfundarse un guardapolvo y a enfrascarse en el albur de las carreteras y en los misterios de la mecánica. Los accidentes que ocurrían en aquel tiempo eran, por lo general, muy aparatosos, pero sin grave riesgo y, sobre todo, sin irreparables derramamientos de sangre. Eso sí, las voces que se cambiaban en los accidentes y, principalmente, en los accidentes urbanos de circulación, eran tan poderosas, tan iracundas, tan febriles que nos hacían pensar a todos los que presenciáramos un accidente que en lugar de una colisión entre dos automóviles, lo que había ocurrido allí era la entrada en la ciudad del caballo de Troya; y ello era así por una razón. «¡uy sencilla! los chóferes con «kepis» y bigote «a lo Kaiser», trasladaban a la circulación mecánica el léxico y el tono de la voz que hasta entonces habían sido patrimonio exclusivo del personal de las caballerías. Sabido es que trajinantes y arrieros y, en definitiva, todos aquellos que tratan con eso

que hemos quedado en llamar el «noble bruto», son gente de genio despierto y de vocabulario rotundo. Las voces más agueridas del diccionario se pueden escuchar, todavía, en los lugares donde el hombre deba dominar a un caballo de tiro; las piezas supremas de esa dialéctica internacional —por cierto, poco grata a las sociedades protectoras de animales—, las hemos leído en aquel libro admirable de Dickens que se titula «Los papeles póstumos del Club Pickwick». La grandeza y servidumbre del conductor, sea de automóviles o de diligencias, se hallan expresadas allí en el diálogo, de una manera indeleble, y que los siglos no alterarán, aunque los chóferes se conviertan el día de mañana en pilotos de helicóptero.

Nos preguntamos nosotros: ¿Quién vociferó? ¿Quién protestó? ¿Contra quién pudo arremeter dialécticamente cualquiera de los doscientos perjudicados, a la vez víctimas y autores del accidente de la carretera de Nueva York? Lo que más admira hoy, cuando se circula por Europa,

la florista de la medianoche

Yo recordaba de algún modo aquel rostro; lo había visto muchos años atrás en algún lugar de la noche barcelonesa, en alguno de los cabarets nocturnos de los años 30, ávida de «cotelitos» y de resopón a la madrugada. Ahora la reconocí por los ojos, que eran los mismos de entonces, porque al brillo de la afeite no le mustian los años. En aquellos tiempos ella estaba lozana aún, con todo y pertenecer a una ola que se remontaría a los augurios de la primera guerra mundial. Era un residuo de la gran época de las casquivanas pintadas por Guy Maupassant, meretrices de la burguesía con chaleco a cuadros y bombín, parásitas del reservado con champán, sueltas de vocabulario y de corsé. En los tiempos en los que yo la recordaba ahora, ella quedaba ya un poco en las clases pasivas de la vida noctámbula. En el cabaret ejercía funciones ambiguas y siniestras: un recadito, la ilustración de juvenzuelos... Pero a veces pillaba al gran patán venido de las afueras ya borracho, la faja llena de billetes y reverdecían viejas ramas de su tronco reseco.

Al filo de las doce engullía, masticándolas, las doce uvas. Estaba sola en una esquina de las Ramblas barcelonesas, con un pequeño pomo de flores que llevaba en el brazo para ser vendidas. Masticaba las uvas con su boca sin dientes, con una tenacidad, un ardor y una prisa que delataban la terrible afición que ponía en el hecho. La juftada, al triturar el fruto, hacía palpitir la papada y la flaccida carne de las mejillas, de una materia que los depilatorios de otro tiempo habían tornado abrupta y áspera. Llevaba, al rededor del cuello, una especie de pellejo absurdo de algún animal doméstico recocto y retintado. Unos mozambetes pasaron por allí y le hicieron una chirigota, de la que ella, enfrascada, ni se enteró.

No era esta la imagen que yo hubiera querido revivir este año, al filo de la medianoche. Durante largo trecho esa imagen no me dejó. Primero porque yo no quise, ya que la fui siguiendo un rato, cuando olvidada de su función vocadora y augural se situó nuevamente a la puerta de

es advertir el silencio profundo que rodea a los más graves accidentes. Los accidentados acostumbra a bajar de los vehículos para saludarse con ceremonia, sacar del bolsillo un bloc de notas y empezar a apuntar unos datos sin chistar. Parece que la arremetida sea uno más de los hechos inevitables de la cortesía de nuestra civilización. Un poco más tarde llegan al lugar del accidente las fuerzas públicas; las cuales se dedican a disparar unas fotografías del estado del vehículo, igual que si se tratara de una cualquiera de las ceremonias sociales más significativas: un bautizo, una boda, cualquier celebración fastuosa. Todo ello se hace para que las compañías aseguradoras puedan determinar con precisión de quién fue la responsabilidad de lo ocurrido. Estamos seguros de que en el caso del accidente de Nueva York, los legajos de la discriminación judicial llegarán a formar biblioteca.

No tengamos prisa. Caminemos hacia la posteridad en fila india y dejemos un par de metros al vecino para que pueda frenar a sus anchas.

los cafés a vender flores. Después, porque ella no quiso marcharse de mí: me persiguía y abrumaba, se ponía a masticar uvas en mitad de cualquiera de mis cavilaciones, tenazmente se instalaba en mí. Un año puevo se me abrió con la más ácida figura del tiempo viejo, del más viejo de los tiempos turbios, incoherentes y fantásticos.

¿Por qué? A veces, inesperadamente, un bulto, un perfil, un rasgo insospechado de hace muchos años, al que entonces apenas apercebimos, sentimos que nos ronda y que aparece. Es una hoja suelta que se ha escapado de un libro que no hemos escrito y que vuela dentro de nosotros como un pájaro solitario. Esas hojas sueltas contienen, en general, una inmensa tristeza. Quisiéramos atraparlas al vuelo, recogerlas y rasgarlas. De pronto, una tarde de lluvia, en la que ya estuvimos hace años tremendamente tristes, vuelve a llover sobre el piso rastreado de nuestra madurez. Esas apariciones bruscas de un pasado en sus trivialidades sensitivas nos dan la noción exacta de lo que nosotros somos sin que nadie lo advierta y, tal vez, sin que lo hayamos advertido siquiera nosotros mismos. En nuestra ficha están, probablemente, inscritas una serie de circunstancias aparentes; unas, buscadas afanosamente por nosotros y otras adjudicadas gratuitamente por los demás. Pero debajo de esa tinta que pudiéramos llamar oficial, solo al trasluz puede advertirse el trazo más íntimo y verdadero de nuestras emociones y el panel de infinita soledad que nos ha acompañado desde el nacimiento. Nuestro «currículum vitae», si fuera de verdad, probablemente estaría hecho con las hojas sueltas jamás escritas y diría cosas como la lluvia, el amor no atendido, o esas flores simbólicas de la vieja meretriz puestas en su antebrazo al cruzar el año.

Ahora, transcurridos los días, la estampa de la vieja florista que celebraba ella sola el tránsito del año, ya se ha disuelto en mí. Pero se enlazan ahora sucesivamente las distintas figuras de esa mujer, en las etapas en las que yo ya he visto, para darme una impresión cabal y unitaria de lo que es la propia vida, en lo que tiene de tenaz, ambiguo y permanente. Todo se mixtifica, enmudece, desaparece o cambia, pero en ciertos seres la vida está como la veta vegetal en el fondo del mármol, hecha geología; o como las semillas en la tumba de los faraones, que podrían germinar otra vez.